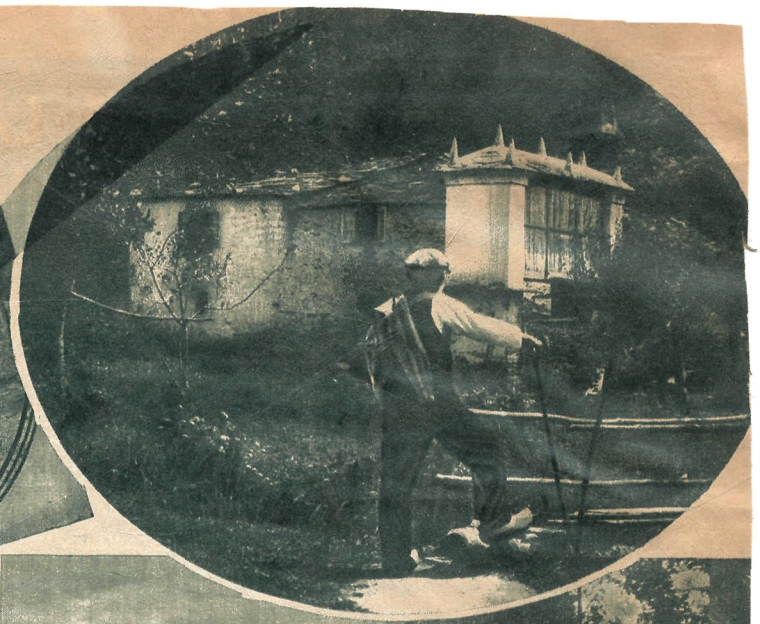
ABC 27 noviembre 1945

36

"ABC"



SOBRE LA ZANFONA Y SU AGONIA

PAISAJES GALLEGOS. — Una casita de labrador, el carro, el hórreo, la choza, la pila de lavar y la lavandera. Junto a un regato, el aldeano se detiene frente al liento panorama amado. La carreta de bueyes, privativa de Galicia.

En este subterráneo comedor, al que, en un día de restricciones, sólo da mortecina luz un candil de acetileno, protegido de todos los ruidos urbanos, del claxon del *taxi* y del chirriar de los tranvías, a una hora indeterminada, entre unos rostros amicales, que la oscuridad hace imprecisos, la sagrada voz de la zanfona despierta en nuestros corazones todo un mundo distante en el espacio y en el tiempo.

Es Santalices, gallegos que me leéis, quien la ha traído, y sus manos las que hacen girar parsimoniosamente la rueda y las que pulsan su teclado y es él, en suma, el que, como un juglar del medievo, resucita viejas canciones enmohecidas y evoca en nuestros oídos las conmovedoras reminiscencias de un amor, de una picaresca y de una melancolía cuya antigüedad data de siglos.

La resina "d'os rumorosos" —¡oh, pinos gallegos, combados sobre los senderos, por los que las fatigadas carretas aldeanas hacen su contrapunto a la zanfona!—vivifica el disco y las cuerdas, que unen puente y clavijero, y todo el instrumento parece producir, como con dolor, su canto eterno, el que acompañó tal vez a los romeros primitivos de Santiago, el que acunó el castellano cuando el latín se difuminaba como un cendal de niebla y tuvo la gloria de compartir aquella hegemonía ancestral de la lengua galaica, madre de la lírica, y en la que el humor y la ternura maridaron siempre.

Típica zanfona gallega.

Pero todo eso es ya tan sólo arqueología, y yo pienso que ha llegado ya para la zanfona, hermana mayor de la gaita, dilecta un tiempo de príncipes y de poetas, los días de su ocaso. Desterrada de los grandes caminos universales, alejada del bullicio campestre de las romerías, con la entrada prohibida a los Conservatorios, ella, tañida otrora en las grandes aulas de los castaños, caracola de las brisas marinas, lazarillo de los dedos de los ciegos, parece como si fuera a morir ineluctablemente y a arrastrar consigo, hacia el abismo, igual que un galeón desfondado sus tesoros, los difíciles secretos de su afinación, toda su técnica, a la vez ~~ingenua~~ sonata y complejísima, y más que nada su sugeridora voz de árbol, amonestadora y grave, a la que los gallegos de antaño hilaban la suya para confiarle su pasión, su dolor y su ironía.

En el ínterin, la sutil y enamorada artesanía de Santalices ha atinado a poner a punto esta arcaica zanfona venerable, y es merced a su celo por lo que rasga hoy en nuestro honor el aire pesado y extranjero de la capital. ¿Se trata, pues, de un instrumento condenado a la muerte? Engarzado aquí a nuestros alalás, ¿vive efímeramente sus postrimerías y lanza—cisne de madera—sus últimas notas hacia nosotros? "Lloré como un ídolo antiguo que viera extinguirse su culto." Con esta misma nostalgia valleinclanesca ¿habrá de despedirse la zanfona de nuestra sobremesa, que ahora subraya, un poco lacrimosamente, la canción de Santalices?

El mismo nos cuenta que hay sólo tres o cuatro zanfonas más desvencijadas en el frío refugio de los Museos y que casi no queda en Galicia ninguna otra. Y he aquí que al conjuro de estos informes melancólicos sentimos de improviso la voz de la zanfona hacerse única y llenarnos, con su acento, de misticismo y lejanía. Somos, en aquel instante, los últimos confesos de una religión extinta, sin más templo abierto que el nuestro de Finisterre adentro. Abrazado castamente a ella, Santalices y la zanfona se nos aparecen como una sola cifra. La zanfona—sobre su roncón monocorde y grave—ensaya un trino cualquiera. Sin la alegría brincadora de la gaita, sin su agudeza de estilete que hiere, junto a las ermitas, la paz y el abrigo de los paisajes célticos, la zanfona lleva en este instante sobre su música, como en su lomo el río, las entrecruzadas ramas de un cantar que a mí me enseñara Eugenio Montes caminando por el reblandecido asfalto de las calles porteñas en unas Navidades nostálgicas, a treinta grados centígrados de temperatura el cuerpo y a muchos más de morriña el alma:

¿Acordaste, minha xoya — d'aquela noite [de vran?
Ti mirabas as estrelas — eu as areas do chan.

Con el aire casi humano de los humildes canes "do palleiro" cuando toparon amo e intuyen que ya no ha de faltarles ni comida ni abrigo, la zanfona refugia su ingrávido cuerpo de carabela en las manos de Santalices. Santalices la ha rescatado a su mudez terrible y la zanfona sabe que, al menos mientras Santalices viva, ha de cantar muchas veces todavía o aquí, en su catacumba, ante un auditorio enfervorizado, o allí, anochecido, en la mágica

tierra de maizales húmedos y sonoros

cuya entraña milenaria fecundarán sus notas como la mejor de las lluvias.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO